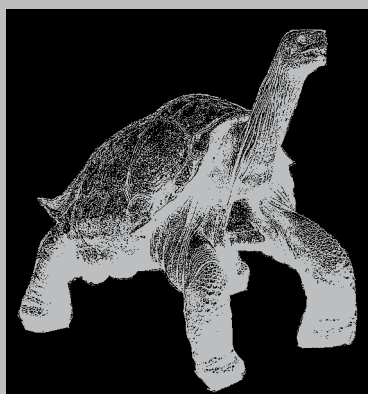


Juan Carlos Mestre



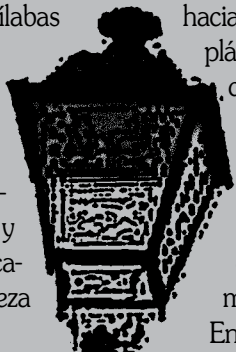
Juan Carlos MESTRE (Villafranca del Bierzo, León, 1957), poeta y artista visual, es autor de varios libros de poesía y ensayo, como *Antífona del Otoño en el Valle del Bierzo* (Premio Adonáis, 1985) *La poesía ha caído en desgracia* (Colección Visor, Premio Jaime Gil de Biedma, 1992) o *La tumba de Keats* (Editorial Hiperión, Premio Jaén de Poesía, 1999). Su obra poética entre 1982 y 2007 ha sido recogida en la antología *Las estrellas para quien las trabaja* (2007). Con su anterior entrega poética *La casa roja* (Editorial Calambur, 2008), obtuvo el Premio Nacional de Poesía 2009. De reciente aparición es *La bicicleta del panadero* (Editorial Calambur, 2012) por el que recibió el Premio de la Crítica.



Gamoneda: La libertad y el amor

Es. Cada poema es un rostro. Antonio dentro de la luz. Toda la noche ahí, como voluntaria estrella. El habla abandonada en un sueño por el pastor del mar. Oigo las frases de los ancianos combatientes en el muro bajo los alquitranes negros. Los gritos de compasión, la amistad con los que deambulan en el sacrificio. Lo giratorio de las vocales de infancia en los molinillos de viento. Oigo la boca sin felicidad de espaldas a las nubes. Es inútil más comprensión para lo evidente. Patria y ruinas. La soledad de los lenguajes de tristeza, lo irrefutable, ese asco a la crueldad, a la dureza. Son los gestos que intervienen en el destino humano. La honradez de asumir el dolor colectivo ante la opción indiferente. Es la locución de los que existen bajo las creencias vivas de la disidencia, los insumisos, los desapercibidos. Ahí lo concerniente a la modestia significativa y al idioma de la pobreza. Eso habla en mí el misterioso encargo. A cuanto obliga lo infinitamente pequeño de las palabras, lo insignificante de lo significativo ante la extensión de la angustia humana. Él. Su vínculo, sus correspondencias de voz sobre los territorios baldíos y la amplitud invisible. Antonio en la alteridad y en la condición de ser otro. La diferencia de quienes resisten en la oscuridad de un país que ha abolido la memoria. Habla sin vergüenza, consoladoramente, desde el corazón de los imaginarios de la hermosura. Dialoga con el tiempo en el que aún perdura la corrupción de la sangre. Es. Es él. Antonio. Quien se abre al otro y lo ama como tal. Es el otro en su alegría y en su llaga. En la totalidad crítica de su cuerpo. En su testimonio. El otro como hijo, como convergencia máxima en la anterioridad a todo ejercicio de dominación. Lo excluido de la autocomplacencia, lo solo familiar al cisma. No hay linaje con los confalones de la supremacía, tampoco procedencia de potestad entre los ruidos del origen, sino individualidad discordante y salud del amor. No ínsulas cercadas por los perros envejecidos del negocio. La restitución sin permiso, la acinesia de la historia, la inmovilidad de los crímenes civiles. Las fronteras de nuestro corazón no han sido trazadas y la distancia, entonces, podría decirse que no existe. No hay espacio de lejanía entre lo soñado y lo vivido. La vida, escribió Cummings en la orilla de lo anhelante, venga siempre las ofensas de los hombres con las salvas de la primavera. La alegría abstracta, la capacidad moral de la desobediencia contra la pasividad de los venenos, la incomodidad del llanto como sustancia de la subjetividad alternativa. Otro espacio donde la revuelta civil supera la ideología sistémica. Fragmentos de la realidad arrastrada por la turbación de las aguas nunca confinadas de la imaginación. De las aguas impuras que lavan los círculos de la pedagogía del sometimiento. El cansancio de las manchas de sangre y la jurisprudencia del silencio sobre las tumbas anónimas. No sobre los cenotafios ni los mausoleos discursivos de la retórica. No sobre las soberbias avenidas por donde desfilan las colecciones decorativas de la elocuencia. No los escuadrones de insectos hacia la celulosa administrativa. No al reglaje y los preceptos de sujeción. Negaciones. Otras son las maneras de esta libertad. Otra la voz en la transformación del duelo en subversión. Otra lengua política para el habla que interpela a los arquetipos de la justicia y la repulsa al mandato. La respuesta que nombra sin que exista pregunta la herida del ser, el mal supremo de la tachadura de la paridad ética, la ocultación moral de la igualdad, el derecho del dolor a tener rostro. Oye. Esa voz ha oído todas las voces. Las contiene y prolonga, las ampara en su condición vulnerable, las implica como materia de su propia identidad. Cada poema de Antonio es un rostro, una capacidad de devolver a la realidad del lenguaje lo excluido, lo relegado a la probabilidad del silencio por los discursos de fuerza. Una delicada resistencia implicada en el conflicto, un decir emancipador ante la negación beligerante de la piedad como infancia de lo más humano. No. Benignamente el no. La negación al daño del sujeto compasivo en que se personifica el habla poética como lenguaje de extranjería. La unidad absolutamente racional del habla entre semejantes. Y esa metafísica es la que resquebraja la ortodoxia de la obviedad figurativa para mostrar-

nos la condición inmaterial de las categorías éticas. La honradez y la responsabilidad generosa como algo legítimo a la imaginación del porvenir, al no lugar todavía, al más allá de la posibilidad como discernimiento ilusionante de las personas. Y es bello ese acto de justicia en los territorios de la epifanía del habla de Antonio. Allí donde el comercio con el viejo orden de las dicciones carece de cualquier otro sentido que no sea la necesidad del trueque, el intercambio de lo fragmentario, la socialización de los sueños hacia el más reciente mañana de lo otro. El poema, lo que aún sin espacio se constituye en conciencia vocal de utopía. Otro lugar, otra extensión para la persistencia del conocimiento y la longevidad de la dulzura. Allí sobre nosotros, párrafos de lo inconcluso, como la lluvia sobre las ojeras lilas de los brezales, desciende la plomada de la lealtad a la escritura, al criptograma civilizador. Es el día de la consciencia ante los documentos de la testificación de la muerte. El joven amigo suicida dando naturaleza y personificación al ruiseñor de los abismos solares. Extrañeza y destierro ante la intimidad del llanto. Agua con bellos pies de pájaro, agua con injustas maneras de manantial nocturno cayendo sobre la verdad fraternal de las noches. Cifras y atributos del símbolo. Fábula y materia alegórica. Estoy cerca de la presencia de esa voz, he nacido de ella, como hierba alrededor de un árbol cuyos frutos transparentes devinieran en absueltos espejos. De niño me perturbaba el relato de los azufres bajo el ciprés poblado de ruiseñores, una manera atroz del dominio de la muerte sobre el aroma a humo de las tahonas de la infancia. La soledad imperturbable del atardecer hacia el pequeños odio de la nocturnidad sin sueños, la arbitrariedad del mal y su espantosa coz en la frente de los bienaventurados. Así morían a mi alrededor las cosas cuando llegó la caligrafía de este hombre. Antonio. La libertad y el amor. Importa aquí lo indefinible, los desordenes, la ruptura con la lógica del saber. Afecta a la identidad y a la fuga, a la naturaleza en tránsito hacia la criatura. Lo que es hacia lo que debería ser. La elección de la libertad como causa original del lenguaje. No hay fracaso ni disfunción, el logro es la esperanza del aplazamiento, el retardo paradójico de la anticipación. Anhelar contra la costumbre, hacer perceptible lo venidero como un roce lingüístico con lo coetáneo. Equidad y gratitud, un mismo canto, un semejante trato de consuelo. Aquella articulación de lo desconocido bajo la forma inaugural de cuanto profundiza y hace emerger la condición del espíritu. Entender la inteligencia del alma. Oír lo nunca oído. El exacto olor del agua, de la luz, de las cosas sin lugar en el tiempo. Conocí a los otros habitantes en el insomnio comunitario de la libertad. No había método. No hubo enseñanza. El negador negaba mientras el espíritu burgués colgaba boca abajo la costumbre de sus murciélagos de oro. Este relato carece de hora. Yo vivía rodeado de nada, temporadas sin validez junto al núcleo de la niebla y las pudrientes lluvias. Antonio dijo: *Ah, jóvenes elegidos por mis lágrimas*. Y oí las aproximaciones que vinculan los opuestos, la lejanía de lo real con las cercanías de lo desacostumbrado, la razón insólita de la conducta contra los métodos de exclusión. Era el modo de abrir los aplazamientos de la esperanza a un instante de redención. Luz sobre los ojos que ven el fragmento de cada persona como totalidad de lo humano. El destino como humildad ante la medida del tiempo, la escritura como éxodo, el alba como existencia de otra condición civil tras la oscuridad de los furtivos. Estaba en ello. Esa luz. Antonio. Había en aquello un aliento no tan simbólico de la condición efímera, lo durmiente en lo humano como realidad absoluta de lo natural compasivo. Una saliva adherida al sitio donde la noche se abre hacia la aspiración de lo soñado. Vi. Era hora de volver. Alejarse de las cosas imperturbables del espanto, la ganancia, la coba de eternidad. Todo olvido es daño, toda memoria vivo deseo. Ahí conversan los durmientes bajo las lápidas. Erosionan el silencio. Quedan huellas de pájaros en el sendero de la melancolía. Son llagas luminosas, sílabas hacia otra luz. Un viento debajo de la tierra sobre la carne muda y las pláticas de la oscuridad. Oí la tristeza a la que se parecía mi casa destruida en la que anochece la madre incesante y zontales desaparecidos en la ternura. Únicamente bras como pesas en la balanza contra la ira. La lucidación de las leyes físicas del sonido. Vi apenas a los junto a ellos a los ensangrentados, ambos en el do inútil del vacío. Antonio. Viví esa correspondencia muerta y la herida aún viva de las causas justas. Entendí lo que se infiere de la materia del sufrimiento y la purificación de las formas desnudas que nombran los ambiguos espacios del mundo. La lectura de los



relámpagos, o sea, la agonía del fuego. La fertilidad de los silencios deshabitados por el sonido de la luz, o sea, los manantiales de acero. Las obras de ladrillo vocálico, otras músicas ajenas al oído, no hechas para la argucia del atender sino del percibir. Sentidos de la agonía hacia otra esperanza. Una vela de pan. Un animal de fulgor en las fotografías de mil novecientos setenta. Eran los extremos de otra verdad, la leche y el lodo, era la hermosa compañía del músico ciego y el cordero atado a la puerta de la carpintería. Sanaban las cabezas enfermas y el corazón del que había descendido al palique entre los árboles incomprensibles. La paseata hasta el padre. Las palabras frías de los manzanos invernales y la hora ignorada de los animales muertos. Las palabras con las manos sucias. Los mineros jóvenes desaparecidos bajo las montoneras de antracita y de nieve. Oigo esos años en las calles de Villafranca del Bierzo. Antonio lee a Simone Weil: *La desgracia de los otros entró en mi carne*. Leo a Antonio. Me desnudo las manos. Desnudo los ruidos que no recuerdo porque ya forman parte de mi alma. Escribo con vergüenza y alegría, juntas como dos hermanas que han nacido el mismo día. Sé poco. Comprendo esas palabras rotas sobre la tierra arrugada y los baldíos comarcales ya sin madre selvas ni esperanza. Pero él dice: *Mirad, es bello y es verdad*. Entonces el río invierte su corriente, los rostros vuelven a sonreír rodeados de gallinas y calabazas. Es un año seco para las lágrimas y los perros huyen de quienes pretenden ser sus amos. En cada palabra cerrada vive otra palabra aún sin casa en el significado. Es un hombre el que camina por el pensamiento de lo que se extingue y se ama. La tierra ofrece su misericordia a la fruta mordida por los enamorados. El corazón de la tierra comprende lo inaudible y a las raíces del destino que penetran hasta el amarillo. Hasta el abatimiento de la orfandad bajo los comedores sociales y las fábricas abandonadas. Huelo esa comida de la muerte, esa superior esperanza de los resignados en la plaza de abastos y en el atrio de los jesuitas. La huelga. El mahón y la harina. Mi sombra va quedando atrás como el perro que sigue a los carteros hasta los corrales blancos. Es Antonio. Los vestigios son estos, la compañía durante la nada, la sabiduría de las ménades cuya celebración será nunca. Date cuenta. Unas en otras las venas fluyen con indiferencia en un tiempo anterior a nuestra tristeza, como fuentes veladas en los jardines húmidos. El centeno azul. La nieve sobre las huertas con repollos y el pájaro negro en los espinos rojos. Por ahí anda mi vida huyendo de la esclerosis de la rutina y la escarcha podrida. Lo que no evaporó el puñado de calor en las herrerías de mayo está ahora aquí amordazado bajo los hielos. Se han ido muriendo los amigos. Te busco. Entro en la desigualdad y en la dulzura y en la aspereza. Hace verdad en las magnitudes físicas. Hay conformidad en la materia amistosa que se adentra en lo mudado y lo irreconocible. Oigo al mismo desconocido que oía silbar Teillier en el bosque. Oigo aquí los instrumentos de tu boca y al pueblo que acaso avanza bajo la jurisprudencia de tu corazón. Mientras se pudren en las artesas las ratas envenenadas con el cornezuelo. Mientras se acedan los geranios maternos y los últimos animales moribundos bajo los puentes. Pero la luz sobrevive a tu lado. Canta. Siente arder lo que debería decirse. Y en lo que se dice, se dice la tiniebla y la furia y la misericordia y los huesos de la justicia. Se dice la inminencia de las sílabas que preceden a las acusaciones. La hermosura del pan con la que sueñan los enfermos. Es el día con memoria, el año con memoria, la época con memoria. Son los cansancios indestructibles del nombrar y del ser los que entran en el tiempo de la duración. En la manera de las maderas del verano, en los otoños del desprecio. Tengo veinte años y miedo. Tengo miedo. Da miedo la juventud sin tener por delante las iluminaciones de cierta verdad. El alcohol de las mujeres, el olvido. Mi infancia desaparecida ante las puertas de otra pasión. Antonio. Comienzo a leerte. Comienzo a vivir la belleza irrenunciable.

